



La Guerra Fría

Washington y Moscú, el mundo en juego

David Solar

ANAYA

**BIBLIOTECA BÁSICA
HISTORIA**

Colección: Biblioteca Básica de Historia
Director: Joaquim Prats i Cuevas,
Catedrático de Didáctica de la Historia.
Universidad de Barcelona

Coordinación editorial: Jesús Navas

Edición: Carmen Fernández Picatoste

Diseño: Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

Edición gráfica: Estefanía de Régil

Maquetación: Verónica Fernández de la Sierra

Corrección: Miguel Ángel Alonso

Cartografía: Rosario Regaño

Departamento gráfico: Juan Carlos Quignon, Paz Franch, Miguel Díaz
Rullo, Rafael Sombria, Miguel Ángel Castillejos

Créditos fotográficos: AGE Fotostock, Aisa, Album, Archivo Anaya,
Candel, C. / Anaya, Corbis/ Cordón Press, EFE, Getty Images,
Museo McCord, NASA, NASA Langley Research Center (NASA-
LaRC), ONU, Picture Desk, 123 RF.

Ilustración de cubierta: Simulacro de protección a un ataque nuclear en la
escuela. América del Norte, 1951.

© David Solar Cubillas

© Grupo Anaya, S.A. , Madrid, 2012

Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid

Depósito Legal: M-18014-2012

ISBN: 978-84-667-9525-8

Printed in Spain - Imprime: Gráficas Muriel

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Prólogo	5
1 El camino de la confrontación	7
Los temores de Churchill.....	9
La táctica de la salchicha.....	10
El Telón de Acero.....	12
Entre Escila y Caribdis.....	14
Stalin juega... y pierde.....	17
2 Un mundo bipolar	19
El Plan Marshall	21
Cable de salvación para naufragos.....	22
Viejas definiciones para tiempos nuevos.....	24
¿Cuándo y cómo?.....	26
Berlín es la clave.....	27
El puente aéreo de la libertad.....	28
El ojo del ciclón: Israel.....	30
Polo de confrontación.....	32
3 Al borde del abismo	35
Nace la OTAN	37
Fin del monopolio del miedo.....	38
Entre el Yalu y el paralelo 38	42
La frontera de cobalto.....	44
España abandona el ostracismo: las bases	46
La desestalinización.....	48
Jugando al dominó	50
¡Cierra la muralla!	50
4 Entre el gran miedo y la diplomacia del zapato	53
La presa y el canal.....	53
El desafío del <i>rais</i>	54
Negociaciones estériles.....	55
Un olvido peligroso	56
La guerra del Sinaí.....	58
La batalla de la ONU	59
Vencedores y vencidos	62
La Doctrina Eisenhower	64
Duelo estratégico	65
La crisis del U-2.....	66
La horma de Kruschew	69

5 Negociaciones sobre un volcán	71
Bahía de Cochinos.....	72
Pulso en Viena.....	74
Huida del paraíso.....	76
La respuesta flexible.....	78
El mundo contuvo el aliento.....	80
El teléfono rojo.....	81
Estúpida escalada.....	82
La pesada herencia de Johnson.....	84
Perdido en el laberinto indochino.....	86
Los tanques aplastaron la «Primavera».....	88
6. Distensión viajera	91
Fuego sobre el canal.....	92
La Ostpolitik de Brandt.....	95
La cosecha del verano.....	97
De la No Proliferación a la limitación nuclear.....	98
Norteamericanos en el Kremlin.....	100
La diplomacia del pin-pong.....	102
Doble fracaso en Vietnam.....	105
Paz a sangre y fuego.....	106
Un golpe espectacular: Yom Kippur.....	108
Al borde de la confrontación directa.....	111
El Cairo en brazos de Washington.....	112
La pelea por las colonias.....	113
7. La Guerra de las Galaxias	117
Cada día una sorpresa.....	118
Afganistán: los soviéticos en su ratonera.....	119
La despedida de la vieja guardia.....	121
El desafío de Solidaridad.....	122
Golpe y contragolpe.....	123
La Guerra de las Galaxias.....	125
Moscú abandona la carrera.....	126
Abrazo ante el mausoleo de Lenin.....	128
Bush: ganar por goleada.....	130
Final en Berlín.....	132
Un mundo diferente.....	134
Anexos	136

Prólogo

La Guerra Fría consistió en un estado de tensión permanente entre el bloque comunista, con la Unión Soviética a la cabeza y sus socios dependientes, separados por el «Telón de Acero» del mundo capitalista, vertebrado por las democracias occidentales en torno a Estados Unidos. Su marco temporal se inscribe entre los años 1946-1948 –crisis de Irán, Grecia, Berlín, Plan Marshall– y la caída del Muro de Berlín, en 1989.

Cuatro décadas de confrontación enconada en política, economía, ciencia, tecnología, cultura, deporte y propaganda. En esa lucha hubo pugnas memorables, como las carreras nuclear y espacial, la competencia por ganar amigos y aliados entre los países recién descolonizados, la sorda guerra de los servicios secretos o la competición deportiva, sobre todo en los Juegos Olímpicos, donde la cosecha de medallas medía la relevancia de los bloques.

En el capítulo militar se cuidaron de no cruzar sus armas. Utilizaron intermediarios a los que asistieron con todo su potencial: el mundo sufrió en ese período nada menos que 160 guerras, algunas de las cuales revistieron extraordinaria gravedad, como la de Corea, Indochina o dos de las del Próximo Oriente.

La confrontación concluyó cuando la URSS perdió el tren económico, científico y tecnológico: la apuesta del presidente norteamericano Reagan por la llamada Guerra de las Galaxias condujo al secretario general del PCUS, Gorbachov, a buscar una salida pacífica: retiradas militares y negociaciones de desarme atenuaron la tensión al tiempo que el fin de la soberanía limitada de Moscú sobre sus socios terminó derribando el «Telón de Acero» y su plasmación material más irritante, el Muro. La Guerra Fría terminaba y con ella la propia existencia soviética.

Aquel final no mejoró la seguridad, la justicia o la paz en el mundo, pero a partir de ahí cambiaron las reglas de la convivencia internacional.

David Solar



1 El camino de la confrontación

Los roces entre la URSS y sus aliados durante la Segunda Guerra Mundial fueron numerosos. Los choques hicieron saltar chispas en las cumbres sostenidas por Roosevelt –luego Truman– Churchill y Stalin. Pero fue con la paz cuando se advirtió la inmensa brecha que los separaba. La codicia territorial de Stalin y la misión histórica del comunismo de acabar con el mundo capitalista suscitaron la denuncia de Churchill en su famosa conferencia de Fulton, donde acuñó la expresión Telón de Acero. La reacción del presidente norteamericano salvó a Irán de la ocupación soviética. Había comenzado la Guerra Fría.

Estatua de Winston Churchill, en Londres frente al Parlamento.

Las diferencias entre los aliados occidentales y la URSS fueron continuas y agudas desde que decidieron coordinar sus esfuerzos contra la Alemania nazi. Era una alianza contra natura. El primer ministro británico, Winston Churchill, se había distinguido por su oposición, incluso armada, contra la Revolución Bolchevique y, en 1919, la vituperaba abiertamente: «La tiranía bolchevique es la peor, la más destructiva, la más degradante». Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial, ante el eminente peligro de derrota que amenazó al Reino Unido, entre 1940 y 1941, el *premier* británico se hubiera aliado con el propio diablo para salvar a su país y derrotar a Hitler. Con todo, aunque hiciera gala de sus modales más pulidos por la práctica política en su trato con el secretario del Partido Comunista Soviético, Josef Stalin –al que conoció en 1942 y al que vio de nuevo en 1943, 1944



La Conferencia de Potsdam se celebró entre el 17 de julio y el 2 de agosto de 1945, impulsada por Truman, Churchill y Stalin (en la página siguiente). En la imagen superior, una de las sesiones, en la que Attlee ya había sustituido a Churchill como Primer Ministro británico tras las elecciones de 1945.

y 1945—, nunca se fío de él y, refiriéndose a las continuas disputas con el líder soviético por la apertura del segundo frente», llegó a decir:

«Estoy harto de sus broncas (...). Ellos nunca se han movido sino por el más puñetero interés».

Con todo, reservaba su enfado para el ámbito privado, porque lo primordial «es ganar la guerra». Cuando, por ejemplo, en 1943 se destapó el atroz asunto de Katyn, el asesinato de 15 000 oficiales polacos (20 000, aseguran en Varsovia), Churchill no dudó en cerrar los ojos ante la evidente responsabilidad soviética y públicamente optó por culpabilizar a los alemanes porque «no es el momento de acusaciones y peleas, sino de vencer a Hitler», aunque por la misma época comentara con su embajador en Moscú: «Stalin es un hombre falso. Tendremos problemas».

Y los problemas llegaron en 1945, incluso antes de la capitulación alemana, al tratar sobre el gobierno de Polonia, y los hubo en Berlín y, tras la rendición alemana, en la Conferencia de Potsdam (julio-agosto, 1945), donde Stalin rechazó todas las sugerencias y las propuestas del presidente norteamericano, Harry S. Truman y de Churchill sobre asuntos concernientes

a los territorios que ocupaban sus tropas, como en lo relativo a las fronteras y la gobernación de Polonia, sobre las poblaciones germanas desplazadas o acerca de las indemnizaciones de guerra alemanas. Haciendo balance de la conferencia, la prensa angloamericana se mostró tan preocupada por Europa Central como decepcionada por sus líderes: «Stalin ha manejado los asuntos a su albedrío». Churchill, que perdió las elecciones mientras se celebraba esa última cumbre de los tres grandes, comenzó a opinar sin las restricciones que le habían encadenado mientras era primer ministro y en una de sus primeras apariciones parlamentarias vaticinó que sobrevendría «una tragedia gigantesca, tras el telón de hierro», una expresión que acababa de acuñar, que remacharía más tarde, y que se consagraría, finalmente, como Telón de Acero.



Harry S. Truman

Los temores de Churchill

No era una pataleta porque achacara el resultado decepcionante de Potsdam a su ausencia a la hora de los postres, sino que ya antes de esa cumbre había mostrado su profunda inquietud al advertir que los acuerdos alcanzados con Stalin durante su estancia en Moscú, en otoño de 1944, eran papel mojado a causa de la codicia del líder soviético, respaldada por el arrollador avance de sus ejércitos en la última fase de la guerra. Churchill, alarmado, observaba el repliegue norteamericano en Europa y el triunfo de los comunistas de Tito en los Balcanes, el crecimiento comunista en Italia y Francia y la expansión de la guerrilla comunista en Grecia. Por eso había escrito, en mayo de 1945, al presidente Truman una carta en la que, entre otras cosas, le decía: «Dentro de muy poco tiempo, Rusia tendrá la posibilidad de avanzar, si así lo desea, hasta las aguas del mar del Norte y del Atlántico».

Cuenta André Fontaine, jefe de la información extranjera de *Le Monde*, que a Churchill le costó muchísimo asumir su derrota política en las elecciones de julio de 1945; le parecía que había sido objeto de la mayor de las ingratitudes por parte del electorado británico, que le debía la victoria sobre Hitler. «Pasó



Winston Churchill



Josef Stalin

seis meses vegetando entre la cólera y el aburrimiento, rechazando todas las sugerencias, negándose a ser paseado como una pieza de museo, como el personaje ya histórico en que, en realidad, se había convertido». Aunque ya contaba 71 años, superó la crisis gracias a su voluntad de continuar en activo. Rechazó los honores ducales y un sillón en la Cámara de los Lores, mantuvo su escaño en los Comunes y la jefatura de la oposición, inició la redacción de sus *Memorias de la II Guerra Mundial* y pronunció varias conferencias, algunas de las cuales forman parte de la antología oratoria del siglo xx. La primera fue la del Westminster College de Fulton, Missouri, el 5 de marzo de 1946.

La táctica de la salchicha

A comienzos de 1946 lo más preocupante para Churchill era que el repliegue norteamericano de Europa Central dejaba el campo libre a Stalin. En el verano de 1945, Estados Unidos contaba con doce millones de hombres movilizados y pretendía licenciar al 80% en cuatro años. No es que Washington estuviera políticamente ciego ante lo que ocurría en Europa, sino que aquella movilización costaba 80 000 millones de dólares al año. Mantener un gasto tan enorme hubiera tenido sentido de estar en peligro su seguridad, pero la victoria y el monopolio nuclear le proporcionaban un sentimiento de euforia y ninguna amenaza parecía relevante en el panorama mundial.

Churchill consideraba que tal apreciación podría resultar suicida. Veía cómo en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria los comunistas, favorecidos por la amedrentadora presencia de los ejércitos soviéticos, avanzaban sin disimulo hacia la conquista del poder. Al socaire de esa presencia, que se tornaba amenazadora cuando los intereses de Moscú resultaban contrariados, el «ex-premier» había analizado la estrategia seguida por el comunismo: primero, se establecían gobiernos de coalición en los que los comunistas desempeñaban relevantes papeles, desproporcionados respecto a su número. Después, obtenían carteras decisivas, que en orden de prelación eran: defensa, interior, justicia



y exteriores: el control del ejército, de la policía, de las leyes y de los contactos internacionales. A continuación, se orquestaban campañas calumniosas contra los dirigentes relevantes no comunistas, a los que acusaban de colaboracionismo, corrupción y espionaje. El siguiente paso aún no se había dado a comienzos de 1946, pero Churchill lo intuía sin esfuerzo: los desacreditados eran marginados, encarcelados y eliminados, quedando el poder en manos comunistas. Era lo que cínicamente definiría poco más tarde el húngaro Rakosi, un agente de Stalin, como la «táctica de la salchicha», la manera de engullir el país rodaja a rodaja.

La edad, el disgusto por la derrota electoral y otras preocupaciones políticas habían minado la salud de Churchill, al que se recomendó que se alejara del riguroso invierno británico y pasara unas largas vacaciones en el Caribe y en Florida. Comunicó a Truman su viaje y este, además de darle la bienvenida, le sugirió que pronunciará una conferencia en la Universidad de

Europa en 1946.

Fulton, especialmente mimada por el presidente porque había estudiado en sus aulas. La oferta agradó sobremedida a sir Winston, que la percibió como una fantástica ocasión para suscitar la reacción norteamericana. En consecuencia, después de descansar unas semanas preparó con mimo su intervención en la que denunciaría la insaciable codicia soviética y la alarmante situación en Europa Central y del Este.

Antes de la conferencia, Churchill mostró sus notas a Truman, que, al parecer, no las leyó, estimando, probablemente, que la indignación del británico no sobrepasaría la suya: para entonces, tras el fiasco de Potsdam, de la vulneración de acuerdos y de la voracidad territorial mostrada por Moscú, el desconfiado y anticomunista Truman no estaba dispuesto a transigir ni un ápice con Stalin, que parecía tocar con la yema de los dedos la profecía que un siglo antes publicara Karl Marx en la prensa norteamericana: «La frontera occidental del imperio ruso está mal definida y no coincide con las fronteras naturales... Sufrirá modificaciones y la veremos llegar de Danzig o de Stettin hasta Trieste».

El Telón de Acero

Churchill se presentó en Washington a comienzos de marzo y al anochecer del día 4, junto con Harry S. Truman, subió al confortable tren presidencial para trasladarse a Fulton, en el centro de Estados Unidos. Un viaje de cerca de catorce horas en el que disfrutó de una agradable cena, una partida de cartas con coñac y un habano *Romeo y Julieta*, seguida de una amable tertulia. Poco antes de medianoche se acostaron disponiéndose para una jornada colmada de actos protocolarios.

Fulton era y es –aunque hoy cuenta con una central nuclear– una pequeña ciudad con apenas diez mil habitantes, que el 5 de marzo de 1946 se había multiplicado por cuatro con invitados, periodistas y curiosos llegados de todo el país para escuchar a Churchill, que fueron en lo posible acomodados en el campus universitario donde se habían levantado gradas y colocado millares de asientos y altavoces para que todos pudiesen oír, pues



en el salón de actos apenas cabían unos centenares de personas.

«Me alegro de encontrarme esta tarde en el Westminster College y me siento muy honrado por el título que me conceden. El nombre de Westminster me resulta vagamente familiar; creo que lo he oído antes. De hecho fue en Westminster donde recibí gran parte de mi formación en política, dialéctica, retórica y una o dos cosas más...».

Tras el preámbulo, Churchill habló de seguridad, del papel de la ONU y de que sería inoperante si no contaba con una fuerza armada internacional. Después, desarrolló su idea de las plagas que acechaban a la humanidad: hambre, guerra y tiranía. Pero la tierra tiene capacidad para producir alimentos para todos, falta poner los medios; la guerra puede ser evitada si se diera una unión más fraternal de la Comunidad Británica de Naciones, el Reino Unido y Estados Unidos, disponiendo, además, del recurso atómico, que rechazó compartir con Moscú.

La tiranía fue el punto fuerte de la conferencia y el siguiente párrafo, uno de los más citados de la oratoria universal:

Truman dando paso a la intervención de Churchill en la conferencia de Fulton, 1946.

Telón de Acero

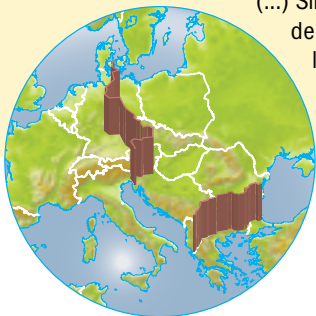
«Se han cubierto de sombras los escenarios que hasta hace poco iluminaba la victoria aliada. Nadie sabe lo que pretenden hacer en el futuro inmediato la Rusia soviética y su organización comunista internacional, ni cuáles son los límites, si los hubiere, a sus tendencias expansivas y proselitistas. Siento gran admiración y respeto por el valiente pueblo ruso y por mi camarada de tiempos de guerra, el mariscal Stalin. Existe una gran simpatía en Gran Bretaña (y no dudo de que aquí también) por los pueblos de todas las Rusias

(...) Sin embargo, tengo el deber de presentarles ciertos hechos acerca de la actual Europa, porque

estoy seguro de que ustedes querrán que se los explique tal como yo los veo.

«Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un Telón de Acero. Detrás de esa línea se encuentran todas las capitales de los antiguos estados de Europa Central y del Este. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas esas ciudades famosas y las poblaciones que las rodean quedan dentro de lo que debo llamar la esfera soviética y todas están sometidas de una manera u otra, no solo a la influencia soviética sino también a un grado elevado, y en muchos casos creciente, de control por parte de Moscú».

Fragmento de la conferencia de Churchill en la Universidad de Fulton, el 5-3-1946.



Telón de Acero.

«Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un Telón de Acero. Detrás de esa línea se encuentran todas las capitales de los antiguos estados de Europa Central y del Este. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas esas ciudades famosas y las poblaciones que las rodean quedan dentro de lo que debo llamar la esfera soviética...».

En un silencio sepulcral, con el auditorio expectante, Churchill siguió enumerando las complicaciones que atravesaban Grecia, Turquía, Irán y Alemania con millones de expulsados de sus antiguos territorios... Y alertaba al pueblo norteamericano para que no repitiera su dorado repliegue de 1918, sino que, por el contrario, asumiera la conducción del mundo democrático a la formación de una alianza defensiva que garantizara la paz mundial.

Entre Escila y Caribdis

Aunque los departamentos de exteriores de Gran Bretaña y de Estados Unidos se desmarcaron a toda prisa de aquellas opiniones, asegurando que eran particula-

res, Truman aplaudió ostensiblemente y, como se vería días después, no las echó en saco roto. Moscú recibió con irritación y sorpresa el mensaje y para muchos politólogos fue entonces cuando se inició la cuenta atrás de la Guerra Fría. Stalin declaró una semana después al diario *Pravda*.

«No sé si él y sus amigos van a lograr organizar una nueva campaña armada contra Europa Oriental; pero si lo logran—cosa poco agradable, porque millones de personas velan por la paz— podemos afirmar con entera confianza que serán aplastados como lo fueron hace 27 años».

(Se refería a las operaciones antisoviéticas organizadas por Londres y París en 1919-1920).

No eran bravatas. Al día siguiente de Fulton, Washington invitó a Moscú a retirar de inmediato sus tropas de Persia y Stalin replicó haciéndolas avanzar hacia Teherán. El día 19 de marzo, el Gobierno iraní presentó la maniobra ante el Consejo de Seguridad calificándolo de «gravísima amenaza contra la paz». Eso no frenó la crisis: al día siguiente el Kurdistán persa se proclamaba república popular independiente y 48 horas más tarde anunciaba su alianza con los autonomistas azeríes.

El conflicto iraní, que el jurista e historiador francés Charles Zorgbibe considera como «verdadero primer pulso soviético-norteamericano», estaba determinado por el interés de Stalin en dominar Irán que en aquellos días de euforia le parecía una perita en dulce: poco poblado, políticamente inestable, rico en petróleo y ribereño de un mar cálido, suprema aspiración rusa desde la época de Pedro el Grande (1682-1725). El pretexto se lo brindó la torpe política del Reza Khan, un rudo militar que había asaltado el poder en 1925, proclamándose sah y fundando la dinastía Pahlevi, que su pomposo heredero, Muhammad Reza Pahlevi, pretendió que descendía de Ciro el Grande. Reza Khan vivió una difícil situación en el período de entreguerras amenazado por soviéticos y británicos. Merced a un tratado, Moscú podría intervenir en Irán si se establecía allí un poder extranjero amenazador para la URSS; mientras



Conferencia de Teherán (1943). En primer plano Stalin, tras él su ministro de Exteriores, Molotov.

Londres garantizaba los intereses de la Anglo Irania Oil Company en los yacimientos petrolíferos persas. Tales intereses justificaban el acoso soviético, que los consideraba el «amenazador poder extranjero».

Agobiado, el sah se aproximó a la Alemania nazi, por entonces amiga de Moscú y que parecía a punto de vencer a Gran Bretaña. Fue una mala decisión: se convirtió en enemigo de los británicos, que superaron la crisis, y brindó a Stalin, atacado en 1941 por Hitler, la ocasión de aplicar el referido tratado y en septiembre de 1941 invadieron Irán, ocuparon Teherán y forzaron la abdicación de Reza Khan en su hijo, Muhammad Reza Pahlevi.

El nuevo Gobierno aceptó la presencia soviética y británica, con un tratado que garantizaba la retirada de unos y otros seis meses después de concluida la guerra. El acuerdo fue ratificado por los tres grandes en su primera cumbre, reunida en Teherán entre el 28 de noviembre y el 2 de diciembre de 1943.

Stalin juega... y pierde

Pese a lo firmado, Stalin jugó sus cartas para no abandonar Irán: los comunistas iraníes lograron controlar el Tudeh, primer partido de la oposición gracias al apoyo y al dinero de Moscú. Al tiempo, agentes comunistas proporcionaban dinero y armas a los movimientos separatistas azeríes y kurdos. La siguiente jugada, a finales de 1944, consistió en pedir la creación de una compañía petrolífera soviético-iraní para iniciar prospecciones en la zona del norte del país. Esta operación no funcionó porque Teherán advirtió el riesgo que conllevaba y aprobó la ley Mosadeq, que prohibía toda concesión a empresas extranjeras bajo el régimen de la ocupación.

Terminada la guerra, soviéticos e ingleses abandonaron Teherán y fijaron la evacuación para el 2 de marzo de 1946. Pero Stalin no estaba dispuesto a soltar la presa: por un lado, los kurdos incrementaron sus acciones guerrilleras y, por otro, el separatismo azerí proclamó la república autónoma del Azerbaiyán iraní. Para que no hubiera dudas de quién movía los hilos, el ejército soviético de ocupación impidió que las tropas gubernamentales intervinieran.

Las protestas y las presiones anglo-norteamericanas fueron ignoradas y —como se ha dicho— el asunto llegó a la ONU. Al margen de la opinión internacional, Stalin acogotaba con sus exigencias al Gobierno iraní, pero poco después de la conferencia de Fulton comenzó a aflojar la presión. Gromyko, embajador soviético en la ONU, tanteó la opinión de los diversos países representados y, en vista de la general repulsa, anunció que la URSS no participaría en los debates y en Moscú tomaron nota de la animosidad general y de la determinación de Truman de hacerles frente. El 22 de marzo, Stalin manifestaba su fe en la ONU y el 26, el embajador soviético en Teherán anunció que las tropas soviéticas abandonarían el país antes del 9 de mayo, condicionando la retirada a la creación de la anhelada compañía petrolífera mixta. Pero, finalmente, se fueron los soviéticos y nunca se creó tal compañía. La república autónoma azerí fue dispersada por el ejército y los kurdos de Barzani volvieron a sus montañas.